



Manuel Asúnsolo y la Revolución del sur¹

Pedro Siller Vázquez*

El mes de mayo de 1911 fue uno de los más intensos en la historia de México. A principios de mes, los diarios de la capital de la República se llenaron de noticias sobre el avance de la Revolución en Chihuahua, a 2 mil kilómetros de distancia, el establecimiento del campamento maderista en las inmediaciones de Ciudad Juárez, y luego, el combate y la caída de la ciudad el 10 de mayo. Como parte del armisticio firmado por esos días, Madero había convenido en detener el avance de las tropas revolucionarias en todo el país y especialmente en Guerrero y Morelos donde las tropas insurgentes de los hermanos Figueroa y de Zapata respectivamente, avanzaban incontenibles sobre las capitales de los estados y amenazaban con llegar hasta la ciudad de México a 90 kilómetros de distancia de Cuernavaca.

El terror al desenfreno de las tropas sureñas sobre la capital de la República sin duda fue un acicate para que el 21 de mayo se firmara el acuerdo de paz en Ciudad Juárez, en el que Díaz anunciaba su decisión de renunciar. Ese mismo día, las tropas

zapatistas entraban a la ciudad de Cuernavaca. Al frente de ellas iba un chihuahuense: Manuel Asúnsolo.

Manuel Asúnsolo nació en Chihuahua el 15 de abril de 1881 en el seno de una familia de amplia tradición local; su abuelo, Juan Manuel Asúnsolo, era recordado como un hombre de relativa fortuna que la cedió para la causa juarista durante la intervención francesa. Propietarios de amplias extensiones de terrenos a principios del siglo XX, los Asúnsolo disfrutaron de una holgada economía y como era de esperarse, la dilapidaron con rapidez, aunque no descuidaron la educación de sus herederos.

Manuel estudió en escuelas militares en los Estados Unidos y después de casado con la canadiense Marie Morán, vivieron en San Luis Missouri y posteriormente, en 1909, decidieron probar fortuna y aventuras en la explotación de unas minas en el estado de Guerrero con la ayuda de un inversionista norteamericano. Sin duda tenían



muy poca información sobre la zona, llegaron con muchas esperanzas y se enfrentaron a un clima caluroso, plagado de mosquitos y muchas alimañas, con una endémica escasez de trabajadores sin experiencia en minas y un sistema político rapaz.

Cerca de sus minas, otro grupo de colonos trataba de explotar las tierras: los hermanos Figueroa, originarios de Michoacán. Ellos no eran aldeanos despojados de sus tierras, eran pequeños propietarios, clase media urbana y mineros relativamente prósperos. Ambrosio, Rómulo y Francisco, eran rancheros acomodados y el último era profesor y director de un plantel escolar en Huitzuc, quien se había distinguido al ganar un premio nacional por una biografía de Benito Juárez. La escuela había sido fundada por un maestro de ellos: Manuel Sáenz, proveniente de Parral, Chihuahua.

Los Figueroa habían resistido la voracidad del jefe político para apoderarse de sus minas, muy codiciadas porque en la cercanía de Huitzuc había una mina de mercurio que había sido propiedad de Manuel Romero Rubio, y ahora lo era de su hija Carmen, por lo que los pobladores padecían la intromisión de sus administradores a cada paso, quienes tendían a convertir al pueblo en una especie de *company town*. Los hermanos hicieron cau-

sa común con el maderismo como movimiento social y en abril de 1911, coincidentemente con el auge de los combatientes en Chihuahua, se lanzaron a la guerra. Entre los documentos y proclamas de los Figueroa no se menciona ningún aspecto agrario, sino protestas por los impuestos, la arbitrariedad de los jefes políticos y las demandas de autonomía política, muy similares a las de los rancheros del norte del país. Asúnsolo, que padeció todo eso en Guerrero, se les unió en la lucha.

La primera acción importante por parte de los Figueroa fue la toma de Iguala el 14 de mayo de 1911, y en el acta respectiva figura Asúnsolo como uno de los generales, debajo del general en jefe, Ambrosio Figueroa. A la par, Zapata tomaba una tras otra las ciudades del estado de Morelos y pronto las rivalidades entre figueroistas y zapatistas fueron evidentes. Los zapatistas expresaban una violencia que los Figueroa rechazaban abiertamente.

Frente al abandono de las tropas federales de la capital de Morelos, los principales comerciantes y hacendados pidieron a los Figueroa que ocuparan la ciudad, pues temían el desenfreno zapatista. Al principio los Figueroa se negaron, pero intervino Asúnsolo para hacerles ver que de una u otra ma-



nera caería sobre los rebeldes en general la responsabilidad de lo que sucediera. Logró convencer también a Zapata de que las fuerzas de ambos grupos deberían tomar la ciudad pacíficamente y éste aceptó. El 21 de mayo, a las cinco de la tarde, Asúnsolo entró con novecientos hombres sin derramar una gota de sangre.

El ayuntamiento lo esperó para hacerle entrega de las llaves de la ciudad y pedirle garantías para la población. Al advertirse que no sucedían los pronósticos terribles, la población se sintió confiada con él. Cinco días después, cuando Zapata llegó a Cuernavaca, fue recibido con honores y como escribió Rosa King, "las guapas muchachas indígenas los recibieron con los brazos llenos de buganvillas." Ese recibimiento le ganó la confianza también de Zapata.

Al nombrar al nuevo gobernador de Morelos, Asúnsolo propuso a Juan N. Carreón, un chihuahuense avecindado en Cuernavaca y funcionario bancario; amigo además de Gustavo Madero. Carreón se reveló muy pronto como un anti-zapatista furibundo y Asúnsolo en una posición doblemente incómoda. Por una parte, los Figueroa recelaban de su cercanía con Zapata; por la otra, el líder suriano recelaba de Asúnsolo por lo de Carreón.

Madero llegó a Cuernavaca el 12 de junio, se entrevistó con los hacendados y comerciantes y de paso saludó a Zapata y a Asúnsolo. Al día siguiente se dirigió a Guerrero con los Figueroa, Asúnsolo no lo acompañó, para entonces sus vínculos con los guerrerenses se habían roto definitivamente. La relación entre Madero y Zapata fue cada día más difícil y cuando Madero nombró a Ambrosio Figueroa como gobernador de Morelos, Asúnsolo decidió retirarse de la escena revolucionaria en espera quizá, de tiempos menos turbulentos.



Entre agosto y diciembre permaneció en la ciudad de México como simple espectador, desilusionado tal vez de los resultados en Morelos y Guerrero. La noche del 25 de noviembre de 1911, en el local del elegante Jockey Club, sostuvo una discusión con el hijo del ex gobernador porfirista de Morelos, Pablo Escandón. El resultado fue funesto para ambos. Manuel Asúnsolo murió casi inmediatamente de cuatro balazos y tres días después Pablo Escandón, como resultado de una herida de bala y la septicemia que lo invadió.

La guerra civil apenas comenzaba.

“Pablo Escandón declara”: Asúnsolo murió a las ocho de la noche después de 24 horas de penosa agonía.

El País, lunes 22 de mayo de 1911.

*Docente-investigador de la UACJ.

¹La lectura del artículo de Penyak Lee M. y Pilar García Fabregat, “El general Manuel D. Asúnsolo y su paso por la revolución mexicana” publicado en la *Revista de Historia de América*, 136 (2005), pp. 77-101, fue el origen y la fuente principal para esta breve reseña por lo que reitero mi reconocimiento. Otras fuentes importantes fueron el clásico de John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana* y el de Rosa King, *Tempest over Mexico*. Little Brown and Company, 1940. Además de los periódicos capitalinos de la época como *El Imparcial*, *El Diario* y *El País*.

Fecha de recepción: 2019-06-20
Fecha de aceptación: 2019-08-08

